

GUILLERMO O'DONNELL: UNA MENTE BRILLANTE, UNA PERSONALIDAD SINGULAR

*Oscar Oszlak*¹

Hay personas cuya dimensión humana se agiganta, paradójicamente, después de su desaparición física. No digo “desaparición física” en lugar de muerte, como eufemismo para evitar un término perturbador. Lo digo, porque recién después de la muerte de alguien a quien se aprecia, se va adquiriendo de a poco la sensación de que con ella se fue algo nuestro, que también muere: los momentos compartidos, los proyectos realizados en común, las alegrías y sinsabores del pasado, que ya no podrán ser rememorados de a dos.

La desaparición física de Guillermo O'Donnell seguramente provocará ese agigantamiento de su figura en quienes lo hemos frecuentado, compartido con él un encuentro fugaz o mantenido una extensa relación profesional y afectiva. Tal vez sea demasiado pronto para dimensionar el impacto de su muerte, sobre todo, porque con ella ha desaparecido una singular y extraordinaria fuente de reflexión y de inspiración para quienes pretendemos interpretar los avatares de la compleja vida política de la Argentina y América Latina. Y esa desaparición permite revalorizar su obra y sus aportes a un pensamiento reflexivo y crítico sobre estos fenómenos, pero al mismo tiempo nos priva -de aquí la pérdida- de la contribución que su mente aguda y brillante podría haber hecho a la ciencia política en los años por venir.

Elegí escribir sobre un hombre dotado de una inteligencia singular, que pudo haberse destacado en su profesión inicial como joven y brillante abogado; o como político dueño de una oratoria exquisita y una enorme capacidad de liderazgo; o como consultor internacional particularmente dotado para asumir complejas misiones. Pero eligió como destino definitivo la academia y consagró su vida a una “obsesiva búsqueda”, como él mismo la definió, por desentrañar las reglas de funcionamiento del sistema político argentino y, por extensión, de los de otros países que atravesaron atroces experiencias autoritarias, seguidas de procesos de transición hacia la democracia. Y aunque para sostener esa búsqueda, por momentos debió (y en otros eligió) vivir más de la mitad de su carrera académica fuera del país, su pasión intelectual estuvo siempre puesta al servicio de comprender la leyes de movimiento de esas sociedades y esos estados, a través de una larga, inacabada y por momentos, infructuosa lucha por establecer democracias consolidadas y no tuteladas.

Un recorrido por su producción académica revela una notable coherencia y consistencia, como si se hubiera ajustado a un programa de trabajo minuciosamente planificado. Muy tempranamente terció en el debate en torno al “péndulo” o “empate” instalado en la Argentina, que aludían a la permanente inestabilidad y alternancia de sus regímenes políticos, intuyendo la complejidad de las alianzas entre las fuerzas sociales que pugnaban por el control del estado, que él denominó “ofensivas” y “defensivas”. Más tarde, influido por las ideas de David Apter y Juan Linz, desarrolló el concepto de “estado burocrático autoritario” para designar un tipo particular de

¹ Dr. en Ciencias Políticas. Investigador Superior del CONICET-CEDES.

régimen político, difundido en toda la región, tratando de explicar sus procesos de emergencia, desarrollo, contradicción interna y terminación. En esos mismos años, sus reflexiones lo llevaron a elaborar sus “Apuntes para una Teoría del Estado”, profundo trabajo de inspiración marxista, que Guillermo consideró, simplemente, como “apuntes” y del que fui privilegiado lector inicial de una versión mecanografiada que aún conservo.

La llamada “tercera ola” de democratización que se expandió por el mundo en los años 80 lo encontró preocupado por las transiciones desde el autoritarismo y las condiciones diferenciales que enfrentaban esos procesos, para lo cual inspiró a sus colegas Schmitter y Whitehead a encarar un proyecto de investigación cuyos cuatro volúmenes constituyeron la obra de referencia obligada de los comparativistas sobre las transiciones hacia la democracia.

Frente a ciertos rasgos que iban adquiriendo las renacientes democracias de la región, O’Donnell advirtió muy pronto su carácter “tutelado”, “delegativo”, el “cesarismo” que caracterizaba a algunos de sus líderes surgidos de procesos electorales democráticos, incluyendo a Fujimori, Collor de Mello, Menem y Kirchner. Denunció, así, el riesgo que ello suponía para la consolidación de estos procesos, la vigencia de los derechos civiles, la transparencia de la gestión pública y el rol de las instituciones democráticas. Algunos han querido ver en O’Donnell a un liberal-republicano bienpensante, formado en la tradición académica del Norte, opositor del “populismo” (categoría que nunca entró en su discurso) y de “la matriz revolucionaria de las izquierdas latinoamericanas”. Fue, en realidad, un intelectual abierto a la polémica, comprometido con su tiempo y con la suerte de los sectores populares, como puede leerse en “Pobreza y Desigualdad en América Latina”.

Sin ambages, una frase esperanzada, que recogió este diario en una entrevista que le realizara hace poco más de dos años, expresa su pensamiento sobre este tema: “el día que el gobierno no sea sólo el Ejecutivo vamos a tener una democracia”.